

La Hermandad del martes

Bajé las escaleras del metro, como cada martes, esas escaleras que parecen infinitas y que me adentran en el corazón subterráneo de la ciudad. Pero este martes era distinto. Ese día que parecía tan lejano, casi imposible, había llegado. Este martes terminaba el tratamiento.

Me senté en el andén, rodeada de desconocidos que esperaban su tren y su rutina, mientras yo esperaba algo más grande: mi nueva vida.

Miré el túnel oscuro, ese hueco por el que pronto asomaría la luz del vagón, y pensé en cómo hacía unos meses esa otra oscuridad, la que tiene seis letras —cáncer—, había aparecido de golpe en mi camino. Seis letras que podrían formar otras palabras, pero que en ese orden exacto se convertían en una sentencia, una tormenta, una batalla.

Sin embargo, esa palabra también trajo algo inesperado, ELLAS.

Todo empezó con un cartel en la sala de espera: “Cursos Innovahonco: cuidando cuerpo y alma”. Entré más por curiosidad que por convicción, pero pronto entendí que había encontrado mi refugio.

Cada martes, entre charlas, ejercicios de respiración y alguna que otra lágrima, se fue tejiendo algo más fuerte que la enfermedad, la hermandad.

Cada una llegaba con su historia, sus cicatrices, sus miedos... pero también con sus risas ¡Y vaya si reímos! Un día, Marta dijo: “Si la quimio me deja sin cejas, al menos podré dibujarme unas de diva”. Y así, entre risas pintadas y abrazos reales, nos reconstruimos.

Ese martes, mientras el metro se acercaba con su rugido metálico, sentí que la oscuridad ya no daba miedo. Subí al vagón, respiré hondo y sonreí. No sabía qué traería el futuro, pero sí tenía una certeza, no estaba sola, y la vida, con sus nuevas cicatrices, seguía siendo hermosa.

Cuando las puertas se cerraron pensé con una sonrisa. “Ya no me dan miedo los túneles, ni los martes”.